

EL SOLDADO ESPAÑOL

Es célebre el soldado español. Necesitaba España para dominar un mundo, contar con un ejército de hombres temerarios, de valor sin precedente. Su lucha cruenta y heroica para echar a los hijos de España dió la unidad nacional e hizo al pueblo español una nación guerrera.

Conseguida la expulsión de los extraños de su suelo, pensaron en la dominación del mundo en la hegemonía Universal, se hicieron célebres en Europa los tercios españoles, la rudeza de sus capitanes y el valor de los soldados hicieron fácil la conquista. La riqueza la obtuvieron con la Conquista de América. Cristóbal Colón abrió la puerta a la ambición española. Su flota fue la más poderosa de los mares y el sol no se ponía en sus dominios. Verdaderos demonios de América fueron los conquistadores españoles. La más difícil empresa era fácil para aquellos fieros guerreros. Sus hechos de armas se hacían dignos de la lira homérica. Los relatos portentosos por la fuerza y el valor semejabán a los héroes griegos en sus guerras de Troya. Así fueron los conquistadores españoles, peleaban contra los hombres, contra la naturaleza, para ellos no había valladar, no conocían el imposible por su valor indomable. Así eran los españoles conquistadores de América. Hecha la conquista de la tierra vino la explotación de las mismas, pero vandálicas a sangre y fuego, moral especial la de estos hombres, los crímenes no contaban, ser valientes era su ley.

No importa la devastación y el crimen, por fin poco a poco fueron desalojados de sus conquistas,. Sus mismos cachorros se encargaron de exterminar la estirpe odiosa de los conquistadores por la fuerza y la brutalidad. Bolívar, Sucre, San Martín, Miranda, Morelos y millares de patriotas de la América los desalojaron al último rincón del Continente Americano. Quedó Cuba último baluarte del Imperio de España en las Américas. No fueron los soldados españoles los que sostuvieron

la dominación de España ni los que provocaron las revoluciones. Fueron los españoles que la explotaban, el comercio español odiaba a sus descendientes directos, a los cubanos que no querían tolerar con paciencia los abusos y depravaciones de los gobernantes españoles.

En la Guerra de los Diez Años, el comercio español de la Isla no sólo explotaba al nativo, sino que su principal fuente de riqueza la obtenían del ejército español a quien explotaban en forma desmedida. Los generales españoles en combinación con el comercio negociaban con la guerra enriqueciéndose ambos. Qué lejos de comparación se muestra este nuevo ejército de españoles de aquel ejército de conquistadores. Uno de los grandes crímenes del gobierno de España fué la expoliación de ese infeliz ejército. No concibe el cubano cómo siendo el español el prototipo de nuestra raza en hidalguía, valentía y soberbia tolerara con mansedumbre ovejuna el maltrato e insidia de sus jefes. A España costaba millones y millones la guerra de Cuba y miles y miles de soldados. Pero esos miles de vidas no los mataba el mambí, no los exterminaba la guerra, los mataba el latrocinio español. El gobierno de los capitanes generales, la calle de la Muralla y los entorchados generales mutilaban a los pobres quintos españoles. No tenían cuarteles para el ejército, carecían de hospitales, de organización sanitaria. Los soldados eran alojados en las casas de los cubanos, y por mambisa que fuera esa casa los trataban con benevolencia, sin odios, con lástima al verlos enfermos, sucios, llagados e implorando a Dios que se acabara esa guerra que era un martirio para ellos.

El tifus, la malaria y el vómito negro diezmaban a aquel ejército de hombres infelices, no de soldados. Ninguno sentía amor ni por el ejército, ni por la causa que defendían. Clamaban por el hogar lejano, por la familia abandonada con dolor y con odio a los causantes de tanto pesar. La disentería los desencajaba y pedían la muerte antes que llegaran las operaciones a la manigua cubana. En alpargatas y con los pies macerados, con el alma triste y el cuerpo enfermo lanzaban a aquellos infelices a los campos de Cuba libre para exterminar al mambí. ¡Miseros! ellos eran los exterminados más que por el dolor por el crimen de sus hermanos.

Añádase a todo eso, que la mayoría eran obreros o campesinos sin noción siquiera de las armas. En las plazas públicas y en las calles eran adiestrados y el que daba media vuelta a la derecha en vez del mando a la izquierda era abofeteado por su teniente o el sargento con los epítetos de bestias, animales. Al regreso de operaciones llegaban aquellos

pobres parias con la muerte reflejada en los rostros desencajados, y en la intimidad de su alojamiento enloquecían diciendo lamentos de la guerra de campaña y de sus jefes. Cuando las calenturas les hacía tiritar y la patrona cubana les suplicaba fueran al médico o al hospital, protestaban airados: «¡Allá nunca patriota! aquello es peor, déjenos morir aquí por amor de Dios!»

El rancho se hacía en los placeres o en la calle. Un solo plato de potaje y carnes si la había y malo como rayos, decían ellos, mientras... el comercio español ganaba millones, los generales ganaban millones y entorchados y pedían a las infelices madres españolas más hijos por el amor y honra de España.

